

KREI

2010-2011

n.º 11



Círculo de Estratigrafía Analítica
• Gasteiz •

INDICE

	Página
ANDONI SÁENZ DE BURUAGA <i>et al.</i> Investigaciones científicas vasco-saharauis durante los años 2010 y 2011 en torno a la cultura y al pasado de la región del Tiris (Sahara Occidental).....	5-40
MARCOS TERRADILLOS-BERNAL, ROSA HUGUET I PÀMIES Y J. CARLOS DÍEZ FERNÁNDEZ-LOMANA Hace un millón de años. Evolución humana y primeras ocupaciones en el Noroeste de África y el Suroeste de Europa.....	41-67
JUAN CARLOS LÓPEZ QUINTANA <i>et al.</i> Valoración analítica del depósito estratigráfico de la cueva de Xorokil (Zeanuri, Bizkaia)	69-83
LUISA VIETRI E IVAN BRIZ I GODINO Arqueología de las Mujeres: ciencia para la acción social. El aporte de M. ^a Encarna Sanahuja Yll.....	85-107
SERGIO ESCRIBANO RUIZ La cerámica en los procesos de formación, percepción e interpretación del registro arqueológico. Sobre el tránsito del contexto arqueológico al sistémico.....	109-118

Arqueología de las Mujeres: ciencia para la acción social. El aporte de M.^a Encarna Sanahuja Yll

Luisa Vietri*

Ivan Briz i Godino**

Preámbulo.

El pasado 13 de enero de 2010, durante el desarrollo de nuestros trabajos de excavación en la costa norte del canal Beagle (Tierra del Fuego, Argentina), nos llegó la noticia de la desaparición de alguien más que importante en nuestra formación como personas convencidas en una ciencia social eficiente y comprometida. María Encarna Sanahuja Yll –Sana para todas y todos– nos había dejado improvisamente.

Con estas páginas pretendemos realizar un modesto reconocimiento a su trabajo, como ámbito en el que hemos encontrado instrumentos imprescindibles con los que desarrollar la arqueología que hemos creído y creemos necesaria. Y, desde esa misma óptica, consideramos que el mejor homenaje posible es volver a visitar las ideas y debates desarrollados por María Encarna Sanahuja Yll, para buscar en ellos aquellos instrumentos que nos permitan hacer una arqueología más capaz.

Es en este punto que queremos remarcar el compromiso humano y político que, en cualquier momento de su carrera, caracterizó su acción como docente, investigadora, y militante feminista. Compromiso que se ha materializado en una plena socialización de conocimientos, ideas y experiencias. La cantidad y la calidad de estímulos científicos, intelectuales, políticos –transmitidos con evidente pasión– han contribuido de manera significativa a nuestra formación como arqueólog@s, y a nuestro crecimiento como seres humanos, enriqueciéndonos y otorgando unas facetas capaces de actuar a nuestras carreras. Sus clases han sido clases de vida, de la coherencia en el vivir diario, y por esto le estaremos siempre agradecid@s. ¡Gracias y hasta siempre, Sana!

¹ * Universitat Autònoma de Barcelona.

** Investigador ICREA en IMF-CSIC, Barcelona; University of York (UK).

Introducción.

La trayectoria científica e intelectual de María Encarna Sanahuja Yll se desarrolló durante más de 30 años. Intentaremos aquí realizar un breve esbozo, haciendo referencia a algunas de sus publicaciones más significativas. Nuestro objetivo es, de todas formas, destacar la relevancia de su obra, que ha sabido conjugar crítica y dialécticamente –con gran lucidez– las reflexiones teóricas procedentes del Feminismo, del Materialismo histórico y de la Arqueología prehistórica. Esta conjugación resultará formalizada en una elaboración –teórica y práctica– rigurosa, innovadora, militante: la Arqueología de las Mujeres.

La especificidad de la propuesta de M.^a E. Sanahuja consiste, precisamente, en que la Arqueología de las Mujeres no puede, ni quiere, ser considerada como una nueva área temática entre las muchas planteadas dentro de la disciplina arqueológica. Sino que debe ser entendida como una nueva producción del conocimiento que, necesariamente, debe ser realizada a través de una exhaustiva renovación teórica y metodológica de la disciplina misma en clave feminista. Esto es: nunca podremos llegar a acercarnos a las dinámicas de desarrollo de las formaciones sociales del pasado si, al estudiarlas y analizarlas, seguimos utilizando criterios y categorías androcéntricas, parciales y obsoletas (y, sin embargo, todavía muy vigentes en diversos ámbitos de nuestro presente académico y existencial), pasando por alto –gracias a una estratégica y dolosa naturalización– el fundamental y por esto silenciado papel de las mujeres dentro de la historia de la humanidad.

Este esfuerzo de investigación y aplicación efectiva se desarrolló en un marco teórico-metodológico más amplio, al cual consiguió entregar una de sus más poderosas herramientas para el mantenimiento de capacidad científica y su vigencia como propuesta. La Arqueología de las Mujeres que Sanahuja propuso se establece en estrecha interrelación con el pensamiento y la arqueología marxista. Y es en el desarrollo concreto, junto con sus colegas, de la investigación arqueológica marxista (Castro *et al.*, 1996 y 1998) que establece un amplio abanico teórico-metodológico que permite ofrecer a esta misma arqueología marxista la posibilidad de desembarzarse de la mentalidad, y la práctica, patriarcal (Sanahuja, 2002). La Arqueología realizada por Sanahuja es marxista por sus bases y planteamientos; y también en tanto que ofreció construir esa misma arqueología marxista con una capacidad efectiva para acceder a las diferentes personas protagonistas de las relaciones sociales a analizar. La necesidad de reconocimiento de la especificidad socio-histórica de los agentes sociales difícilmente podía ser aprehendida sin reconocer las condiciones materiales de existencia de los diferentes agentes sociales: mujeres, hombres, niñas, niños... Esas mismas condiciones sociales de producción, consumo, distribución y reproducción son los rasgos sociales que conforman la vida material y real de cuerpos dotados de un sexo específico y no deformados en un genérico neutro.

Como ya hemos indicado en otras páginas (Vietri y Briz, e.p.), ya desde los primeros momentos de la producción marxista, el pensamiento feminista ha estado presente en sus discusiones. Autoras como Alexandra Kollontai, Flora Tristán o Clara Zetkin, desarrollan una intensa dinámica reivindicativa no sólo frente a una dinámica de la explotación denunciada por

sus compañeros, sino también frente a un pensamiento marxista generado desde el patriarcado, para la obtención de un reconocimiento del valor social de la producción femenina, así como de las condiciones materiales específicas de las mujeres (Sanahuja, 1997). Revindicaciones, por otro lado, que también se habían desarrollado en algunas voces de la economía clásica (Taylor, 1851; Mill, 1859; Mill y Taylor, 1869).

La investigación marxista, para poder mantener la coherencia con sus propios objetivos y planteamientos, necesariamente debe articular un reconocimiento de las condiciones específicas de explotación de las mujeres y cómo las causas de esta subordinación son materiales, y no ideológicas, articuladas mediante las relaciones de producción, consumo y reproducción, históricamente concretas (Sanahuja, 1997b y 2002).

Los primeros frutos.

Como resultado de las reflexiones y reivindicaciones del movimiento feminista, surgido inicialmente desde la segunda mitad de los sesenta en el estado español, es durante los años 80, cuando en el ámbito académico se constata un importante desarrollo de varias corrientes de pensamiento feminista en diferentes disciplinas. Esta destacada presencia se cionó, principalmente, al ámbito de las ciencias sociales, en donde se desarrollaron fuertes críticas hacia el paradigma científico dominante, en tanto que productor y reproductor de un saber aparentemente neutro, átono y globalizador, pero en realidad esencialmente androcéntrico y sesgado.

Las críticas al androcentrismo en arqueología son iniciadas, básicamente, en EE. UU. y Escandinavia a partir de la mitad de la década de los 70, gracias también a los estímulos procedentes de los trabajos de antropología feminista. Y a lo largo de toda la década de los 80, seguirán un gran número de propuestas teóricas y prácticas –entre ellas también la Arqueología del Género– explicitadas en talleres, congresos, trabajos individuales y de grupo, cuya finalidad era introducir la problemática de las mujeres en arqueología y plantear posibles soluciones para dar plenitud a la historia de la humanidad incluyendo en ella, también, a las mujeres.

Es precisamente a partir de esta década que las publicaciones de Sanahuja empiezan a orientarse de manera significativa hacia algunos temas principales – producción, reproducción y mantenimiento; dominación y explotación femenina, entre otros– que, con el tiempo y las sucesivas aportaciones y reelaboraciones, se convertirán en los elementos base de la Arqueología de las Mujeres en el estado español. Y es entre 1980 y 1983 cuando van apareciendo diversos artículos firmados por ella, también junto a otras compañeras, en “*Poder y Libertad*”, la histórica revista del Partido Feminista de España, nacida en 1979 en Barcelona.

En “*Modo de producción y patriarcado*” (Falcón y Sanahuja, 1980), el objetivo es aclarar la confusión existente entre los términos “patriarcado” y “modo de producción”, muchas veces asimilados de forma incorrecta en un único, improbable, concepto: el modo de producción patriarcal. Analizando las tesis de Engels y los trabajos antropológicos, históricos

y económicos de corte marxista, en relación a las llamadas sociedades comunistas primitivas –cuya categorización como igualitarias se basaba en la apropiación sin contrapartida del sobretrabajo femenino por parte de los hombres, tanto a nivel individual como de grupo–, Sanahuja y Falcón consideran necesario introducir el modo de producción que denominan doméstico, y en donde la división sexual del trabajo es considerada como la causa originaria de la explotación femenina. La apropiación sin contrapartida del sobretrabajo femenino sería “la primera forma de explotación social. La primera existencia de clases y por tanto de lucha de clases” (Falcón y Sanahuja, 1980: 17). Revisando a lo largo de la prehistoria el desarrollo de las fuerzas productivas con relación al modo de producción, las autoras llegan a la conclusión que el modo de producción doméstico no desaparece nunca sino que sigue siendo vigente y utilizado por el diverso modo de producción predominante en cada diferente época y que se fundamenta en el sobretrabajo de las mujeres. El patriarcado es, por tanto, “(...) la ideología que define las instituciones mediante las cuales se realiza y se reproduce la dominación de la mujer por el hombre (...) y constituye la superestructura ideológica del modo de producción doméstico. Ideología desarrollada por el hombre a partir del momento en que necesita justificar por qué se apropia del trabajo excedente de la mujer (...). Pero como no podemos concebir una superestructura ideológica que no tenga como fundamento la reproducción de la estructura económica que debe reforzar, el patriarcado no puede existir con vida propia, como pretenden los ideólogos llamados marxistas, independientemente del modo de producción doméstico que le genera” (Falcón y Sanahuja, 1980: 22). Cada modo de producción que ha dominado sobre lo doméstico se ha servido de la ideología patriarcal para poder seguir dominando a las mujeres así como las demás clases explotadas. Por tanto, es evidente que la ideología del patriarcado no puede ser confundida con el modo de producción doméstico, aunque pueda estar incluida en ello. De la misma manera que es imposible negar la existencia del modo de producción doméstico si se quiere entender la esencia de la ideología patriarcal, caracterizada por su inmutabilidad a través del tiempo y por ser “(...) la que mantiene y reproduce el modo de producción doméstico en que se asienta” (Falcón y Sanahuja, 1980: 23).

En “*El potencial reproductor de la mujer: fuente del progreso humano*” (Sanahuja, 1981), se pone de manifiesto cómo la innatural naturalización de la capacidad reproductiva femenina ha sido utilizada para justificar el dominio y la explotación de las mujeres y, contemporáneamente, infravalorar su esencial aportación en los procesos productivos. Para investigar sobre los orígenes de la explotación de las mujeres, habría que considerar atentamente el mundo biosocial de los primates y también las actividades de los pueblos “primitivos” actuales. En el primer caso, unos estudios verdaderamente acríticos y una poco cautelosa comparación con los primates no humanos – que comparten con la humanidad el mismo patrón básico reproductivo– han llevado muchas veces a calificar de instintivas y naturales actitudes y costumbres que, en realidad, son aprendidas culturalmente y condicionadas socialmente. “Un argumento científico que explique la inferioridad de las mujeres, es un arma para conservar la familia tradicional y la dominación masculina” (Sanahuja, 1981: 40-41). En cuanto a la reconstrucción de los papeles de mujeres y hombres en la prehistoria y del papel específico desarrollado por las primeras en

el “descubrimiento” de la agricultura durante el Neolítico (la llamada etapa matriarcal), Sana señalaba que los datos relativos a las sociedades horticultoras actuales indican que en ninguna de éstas la relación entre los sexos es simétrica y recíproca, siendo siempre los hombres los que detentan el poder sobre las mujeres. Y es gracias a esta etiqueta de natural –que “(...) se aplica a todo aquello que se quiere someter y dominar” (Sanahuja, 1981: 42)– que ha sido posible desconocer el hecho fundamental que la reproducción de la futura fuerza de trabajo es, de por sí, un proceso de trabajo; absolutamente imprescindible para el desarrollo de las sociedades del pasado. Reproducción que es la fuente de la división sexual del trabajo, que es el origen de la explotación de las mujeres, ya que además de dedicarse a su propio mantenimiento, ellas se preocupan y ocupan, también, del mantenimiento de la sociedad entera. “Y dicha explotación es la que permitirá, a su vez, el incremento de la productividad del trabajo humano basado en la agricultura y en la acumulación de excedentes, el surgimiento de nuevas divisiones del trabajo, la artesanía y el comercio, la apropiación privada de un excedente social cada vez mayor y el desarrollo de la posibilidad para algunos hombres de prosperar gracias a la explotación del trabajo de otros. En resumen, la explotación de la mujer no es consecuencia de la aparición de la propiedad privada y del Estado, sino uno de los factores que permitirá la cristalización de aquéllos” (Sanahuja, 1981: 42). En cuanto a la adopción de la agricultura en el mundo antiguo, la autora llega a la conclusión que son el aumento y la presión demográfica los factores que impulsan la economía agrícola, y que es el trabajo reproductivo de las mujeres el que permite el proceso de cambio que, gracias al desarrollo de las fuerzas productivas, llevará a las primeras sociedades de clase; creando así las posibilidades para pasar del modo de producción doméstico a otro más desarrollado y complejo. Es más, es exactamente el sobretrabajo reproductivo de las mujeres el que permite la aplicación de nuevas técnicas que llevarán lentamente a la “civilización” alcanzada, precisamente, gracias a la explotación femenina.

En 1982, cuatro son las contribuciones publicadas en “*Poder y libertad*”, en donde Sana se enfrenta a temas específicos, relativos al papel de las mujeres en diversos momentos de la historia antigua: las Amazonas (Sanahuja y Gasull, 1982a), las Bacantes (Sanahuja, 1982b), las Venus paleolíticas (Sanahuja, 1982c) y Hatsepsut (Sanahuja, 1982d). En su análisis de las diferentes maneras de presentar y representar a las mujeres en los varios contextos histórico-sociales examinados, la autora insiste en subrayar cómo una lectura en clave feminista de tales fenómenos resulte absolutamente imprescindible, permitiendonos de esta forma lograr el indefectible desvelo de las estrategias de dominación femenina (y de las demás clases explotadas), utilizadas por parte del colectivo masculino a lo largo del tiempo.

Finalmente, en 1983, aparecen, siempre en la misma revista, los últimos dos artículos teóricos de Sana, “*La mujer como clase social*” (Sanahuja, 1983a) y “*El modo de producción doméstico*” (Sanahuja, 1983b).

En el primero, utilizando en su análisis las categorías del materialismo histórico y las del feminismo, Sana afirma que las mujeres representan una verdadera clase social a causa de la división sexual del trabajo desarrollada dentro del modo de producción doméstico y que “En dicho modo de producción la mujer es explotada a nivel sexual, a nivel reproductor

y a nivel económico a través de la realización del trabajo doméstico” (Sanahuja, 1983a: 54). Siendo el concepto de clase el que permite evaluar el modo de producción, las relaciones de producción, las fuerzas reproductivas y la superestructura ideológica de cualquier organización social, la autora considera necesario empezar por este mismo concepto para poder determinar el lugar históricamente ocupado por las mujeres. Y argumenta que la falta de reconocimiento, intencional, de la reproducción femenina –la reproducción de la fuerza de trabajo– ha impedido su real identificación como trabajo productivo, así como, de la misma manera, han sido desconocidas la producción de bienes de uso necesarios al mantenimiento de la familia y también los servicios sexuales explotados. Tal desconocimiento o negación crea las premisas que permiten calificar las mujeres como clase explotada por los hombres. Ya que “(...) son las relaciones de producción (...) las que dominan y determinan la explotación femenina” (Sanahuja 1983a: 56). Por tanto, es gracias a la naturalización de la reproducción, del trabajo doméstico y de la sexualidad femenina, que las mujeres pueden ser consideradas como clase social explotada.

En el segundo de sus artículos, centrado sobre el modo de producción doméstico, Sana define este modo como la “(...) forma en que se producen los bienes precisos para el mantenimiento y la reproducción de una sociedad humana, caracterizado por la existencia de dos únicas clases, el hombre y la mujer, y la consecuente explotación sexual, reproductora y productora de ésta” (Sanahuja 1983: 69). Y, siendo la fuerza productiva del modo de producción doméstico la fuerza de trabajo humana, producida exclusivamente por la clase mujer, hay que reconocer que es precisamente en esta división del trabajo en donde es posible encontrar las causas materiales de la explotación femenina. Es decir la apropiación, sin contrapartida ni retribución, del trabajo excedente social realizado por las mujeres que, no obstante su decisiva y activa participación en los trabajos imprescindibles para la supervivencia de la sociedad, son y siguen estando dominadas y explotadas por la clase social hombre. De hecho, es gracias a este plustrabajo que, en un primer momento, aumenta la fuerza de trabajo facilitando la instauración de una economía productiva y que, posteriormente, se desarrollan las fuerzas productivas; posibilitando la creación de las condiciones que permitirán pasar del modo de producción doméstico a otro más avanzado. Y el patriarcado es la superestructura ideológica en que se apoyan las instituciones que permiten la realización y reproducción de la dominación femenina.

La década de los 90: la consolidación.

Durante la década de los 90, principalmente en América del Norte y en Europa, continua la intensa actividad de estudio e investigación arqueológica en clave feminista, siempre más comprometida en la búsqueda de nuevas vías para solucionar las problemáticas derivadas de la dolosa infravaloración y el sistemático relegar al olvido el importante papel de las mujeres en la historia.

En este panorama, la producción científica de Sana de la década de los 90 refleja un progreso de sus investigaciones y reflexiones en estrecha interrelación con los avances teóricos y metodológicos logrados, a nivel internacional, por los diferentes posicionamientos feministas en arqueología. Un elemento esencial de este desarrollo científico y político consiste, precisamente, en el progresivo acercamiento de la autora a la corriente feminista del pensamiento de la diferencia sexual, acercamiento que le permitirá “cubrir” una serie de problemáticas interpretativas no resueltas a causa de la falta de instrumentos de lectura y análisis apropiados. Problemáticas vinculadas principalmente a la noción y a la política de lo simbólico, entendido como “(...) la manera con que se da significado a la realidad: el pensamiento, el sentido que circula en el lenguaje” (Sanahuja Yll, 2002a: 46) y percibido en una relación muy estrecha, de interdependencia, con el orden social. Es interesante además notar cómo la mayoría de las contribuciones de Sana poseen la característica de tratarse de frutos de un trabajo en grupo, cuya praxis colectiva es, a su vez, fruto de una consciente elección científica y militante. Es en sus publicaciones menos explícitas en lo relativo a la Arqueología de las Mujeres donde se puede reseguir de forma más clara su aporte a una Arqueología, marxista, que, necesariamente, ha de poseer un análisis consciente de la condición de las mujeres. A la vez que su pensamiento feminista se nutre de una praxis arqueológica concentrada en poner en evidencia las relaciones humanas a partir del análisis de la materialidad arqueológica (Gasull *et al.*, 1984; Chapman *et al.*, 1987; Castro *et al.*, 1994, 1999a y b, 2000, 2002).

En “*Modelos explicativos sobre los orígenes y la evolución de la humanidad*” (Sanahuja Yll, 1991), vuelven a ser enfrentadas unas problemáticas ya señaladas con anterioridad (1981): para investigar sobre los orígenes humanos es preciso utilizar, a causa de la incompletitud de los datos disponibles, otras fuentes de información que procedan bien del mundo biosocial de los primates no humanos, bien de las sociedades cazadoras/recolectoras actuales. Pero la antropología por un lado –con sus múltiples y hasta antagónicas interpretaciones de un mismo grupo cazador/recolector– y la primatología por otro –en un estadio incipiente de desarrollo– no permiten ahondar adecuadamente en el tema. Un tema –el de los orígenes– que, como resalta Sana, muchas veces ha sido abordado utilizando unos parámetros absolutamente subjetivos, investigado con demasiadas cautelas provocando así su casi total desconocimiento, empleado como “(...) modelo de una antigua «edad de oro» que permitiese pensar en una sociedad futura sin diferencias de clases –tal el caso del famoso comunismo primitivo–, o bien ha servido para reforzar las relaciones entre mujeres y hombres modernos y los comportamientos de ambos sexos, así como las instituciones e ideologías que los mantienen y permanentizan, lo que puede ilustrarse claramente con la hipótesis del hombre cazador” (Sanahuja Yll, 1991: 150). Con su atento y profundizado análisis del “inseparable binomio hombre/caza”, en donde la caza es considerada como la primera fase del desarrollo de la humanidad, la autora –con unas argumentaciones muy detalladas y puntuales– nos introduce en una monolítica y distorsionada representación del nuestro pasado más lejano, en donde los homínidos antes, y los hombres luego, aparecen como los únicos actores protagonistas de la evolución humana. Y aún cuando se proponen modelos alternativos al de la caza –como por ejemplo el modelo recolector de

Linton o los modelos alternativos, basados igualmente en la recolección, avanzados por Lovejoy o por Fisher (Sanahuja Yll, 1991: 159-161)– Sana nos hace notar cómo, una vez más, se están, en realidad, reproduciendo unas dinámicas interpretativas que “(...) proyectan al pasado de una manera ostensible situaciones e ideas actuales sobre la situación de las mujeres” (Sanahuja Yll, 1991: 162).

En noviembre de 1992, en Santiago de Compostela, se celebra la Reunión de Arqueología Teórica: en la sesión dedicada a “La Arqueología de las Mujeres”, Sana junto con sus compañeras del *Departament d’Història de les Societats Precapitalistes i d’Antropologia Social de la Universitat Autònoma de Barcelona*, presentan dos contribuciones muy importantes, caracterizadas por la lucidez del análisis de su papel de mujeres-feministas-arqueólogas sociales dentro de la Academia – “¿Somos todas hombres?” (Colomer *et al.*, 1992a) y por la fluidez de sus propuestas para desarrollar una bien fundamentada praxis científica feminista en arqueología – “*Hacia una Arqueología Feminista*” (Colomer *et al.*, 1992b).

“*Were they all men?*” es el título de un taller organizado en 1979 por un grupo de arqueólogas noruegas (Bertelsen *et al.*, 1987), que ha representado un hito fundamental en la historia de los estudios en cuanto “primera compilación de estudios arqueológicos realizada desde una perspectiva feminista de preocupación por hacer visibles a las mujeres en las narraciones arqueológicas” (Sanahuja, 2002a: 74). En “¿Somos todas hombres?” las autoras, en primer lugar, expresan su temor que la reciente introducción del feminismo en arqueología pueda caer en la misma incoherencia entre teoría y praxis que ha caracterizado la adopción de los enfoques marxistas, que, en el proceso de transposición-asimilación dentro de la Academia, han estado muchas veces perdiendo su fuerza política inicial. A razón de esto, quieren evitar que el feminismo solamente sea una entre las muchas corrientes dentro de la disciplina y confían en que, al contrario, éste pueda transformarse en el útil apto para cambiar de raíz el mismo ámbito académico. Y, para que este cambio pueda verificarse, hay que, en primer lugar, romper con las dinámicas de poder (masculino) que inciden e influyen en todo ámbito de las actividades científicas, repartidas de manera absolutamente desigual entre hombres y mujeres. Con lúcida ironía, Sana y sus compañeras se dedican a ilustrar con detalles cómo y de qué forma, a lo largo de su formación y de su carrera de arqueólogas, han estado viviendo en primera persona estas dinámicas, que implacablemente iban reproduciendo una división sexual muy clara dentro del trabajo arqueológico. Y, finalmente, critican como falsa, la pretendida neutralidad de la disciplina –con sus terminologías y sus categorías androcéntricas, con su sistemático olvido del papel de las mujeres en la historia– y defienden la necesidad de encontrar nuevas vías y nuevas palabras para dar voz a las mujeres del pasado y también del presente.

En “*Hacia una Arqueología Feminista*” las autoras explicitan de forma muy clara cuál es el camino a seguir. Y empiezan afirmando que, además de denunciar el sexismo de los científicos, hay que criticar los fundamentos mismos del conocimiento científico, en tanto que androcéntricos; ya que van reproduciendo incesantemente estereotipos sesgados, empezando por la “clásica” dicotomía hombre-racionalidad y mujer-irracionalidad. Y que la misma pretendida

neutralidad de la ciencia no es tal, por estar política y socialmente condicionada. Los elementos que Sanahuja y sus compañeras singularizan para una práctica de la arqueología feminista son: romper con los estereotipos en que se basan la lectura y la comprensión del pasado (entre otras, romper con las dicotomías entre actividad masculina y pasividad femenina); desenmascarar metódicamente las estrategias de naturalización (dicotomía cultura-naturaleza) cuya finalidad es la legitimización del presente y, una vez más, la dominación de las mujeres; vigilar atentamente la propia producción científica –femenina y feminista– para que resulte coherente y fiable para todas y todos; reescribir el pasado, dando visibilidad a las mujeres, gracias a un análisis no sexista del registro arqueológico, nombrando a las mujeres y a las actividades por ellas desarrolladas en el pasado; proponer nuevas formas de lectura de los datos, evitando construir meras genealogías femeninas; huir del gueto circunscrito y acotado que pretende transformar a las mujeres en un nuevo y estéril objeto de estudio. Y sin olvidar nunca que la finalidad última de la arqueología feminista es transformar todo ámbito de la disciplina para producir una diferente y más completa lectura del pasado arqueológico. Y en su “propuesta para una investigación feminista en arqueología” las autoras insisten, precisamente, en la necesidad de la formulación de nuevos conceptos, nuevas categorías y también nuevas tecnologías como herramientas que posibiliten la construcción de una ciencia arqueológica libre de estereotipos, actualismos y manipulaciones capciosas.

En 1996 sale publicado en “*Duoda*”, la revista de estudios feministas editada por la *Universitat de Barcelona*, el artículo “*La diferencia sexual y su expresión simbólica en algunos grupos arqueológicos del Paleolítico Superior*” (Hachuel y Sanahuja Yll, 1996). Las dos autoras, retomando un tema ya tratado por Sana en “*Poder y libertad*” (Sanahuja, 1982c), proporcionan una nueva y más completa visión interpretativa de las “venus paleolíticas”, a la luz de las sugerencias procedentes de la corriente del pensamiento de la diferencia sexual. En el trabajo de 1982, el énfasis estaba principalmente centrado en la crítica de una supuesta etapa matriarcal que habría explicado la consistente presencia de representaciones femeninas, vinculadas básicamente al culto de la fertilidad. Aquí, por el contrario, en el análisis específico de las figuraciones femeninas del Paleolítico Superior, procedentes de cinco grupos arqueológicos bien documentados y definidos espacialmente, el fundamento interpretativo se asienta en el reconocimiento de la presencia de “(...) otro orden simbólico, quizás (en) el orden simbólico de la madre, con su fuerza de origen femenino debida al poder de dar la vida y con la autoridad social de medir orden y transmitirlo” (Hachuel y Sanahuja, 1996: 62). Una de las características más salientes de la producción de las figurillas femeninas –que presenta una extensión considerable en términos temporales y espaciales– consiste precisamente en el hecho de que grupos humanos muy distantes entre sí estén disponiendo de “(...) convenciones compartidas, en especial porque estas últimas tienen que ver con un simbólico común” (Hachuel y Sanahuja, 1996: 66). E, igualmente muy significativa, es la constatación de transformaciones fundamentales, comunes y simultáneas ocurridas en esta misma producción: cambios en el porcentaje de las representaciones de mujeres grávidas, variaciones en la representación del rostro, modificaciones

en la sexuación de las figurillas. En sus conclusiones las autoras señalan cómo el análisis de las “venus” ha estado produciendo un cambio en su visión del período examinado, “(...) porque su simbolismo nos ha llevado a abordar la economía y la política desde otra perspectiva. La principal conclusión que puede inferirse es que, durante el Paleolítico Superior y a lo largo de nada menos que 20000 años, el sexo originario fue femenino. En efecto, cuando se representa la sexuación humana, sólo se hace a través de figuraciones femeninas, o en raras ocasiones, de antropomorfas” (Hachuel y Sanahuja, 1996: 70). Conclusión que, evidentemente, contradice de forma contundente el androcentrismo y la falocracia de las afirmaciones que sostienen que el sexo originario fue masculino: la diferencia sexual –en este caso femenina– aquí se presenta como elemento cardinal de la representación. Y central, por lo tanto, resulta ser la innegable anteposición de la reproducción a la producción: ésto significa no hay contradicción entre las dos porque todavía no se ha instaurado la dicotomía cultura-naturaleza, “(...) ni tampoco existe la separación característica de las sociedades patriarcales entre la palabra (obra del padre) y el cuerpo (obra de la madre)” (Hachuel y Sanahuja, 1996: 71).

Otras dos otras contribuciones fundamentales para el desarrollo de la Arqueología de las Mujeres propuesta por Sana para el período de los 90 son los artículos aparecidos en 1997.

En “*Sexuar el pasado. Una propuesta arqueológica*” (Sanahuja Yll, 1997a), la autora subraya cómo la finalidad última de la arqueología, que “(...) no se limita exclusivamente al registro mecánico de los restos materiales, (...) consiste en definir la interrelación de los vestigios de cualquier comunidad del pasado para acceder a su estructura económica, política e ideológica” (Sanahuja Yll, 1997a: 16). Lamentablemente, en la mayor parte de los casos, la investigación arqueológica puede contar sólo con el estudio de los objetos producidos por agentes sociales indeterminados, prácticamente imposibles de sexuar. Y la comparación etnográfica, a menudo utilizada para resolver esta carencia de informaciones, “(...) sin la debida contrastación arqueológica no deja de ser un mecanismo bastante peligroso, al reproducir como inherentes ciertas características atribuidas, hoy en día, a uno u otro sexo” (Sanahuja Yll, 1997a: 18). También el enfoque, reciente en la década de los 90, de la Arqueología de la Muerte–que considera las prácticas funerarias como parte de las actividades que reflejan la forma de vida de cada sociedad– pese a su significativo desarrollo, no ha sabido producir, sobre todo a causa de la carencia de estudios osteológicos, grandes resultados con relación al problema de la identificación sexual y, específicamente, al papel de las mujeres en la prehistoria. Pero últimamente los estudios antropológicos han empezado a convertirse en más relevantes y, de hecho, “(...) constituyen el único criterio objetivo que permite la determinación de la variable sexual –mujer y hombre– para huir de lo masculino, considerado supuestamente neutro” (Sanahuja Yll, 1997a: 19). Y gracias al desarrollo de nuevas técnicas analíticas empieza, por lo tanto, a ser viable el obtener una serie de informaciones fundamentales sobre las comunidades del pasado. Informaciones que pueden ir desde una perspectiva paleodemográfica, hasta el estado de salud (con la posibilidad de comparar los sexos entre sí), el tipo de dieta y las relaciones de parentesco de los individuos pertenecientes a una misma población. La propuesta

de Sana para sexuar el pasado, por un lado, confía en un futuro y pronto desarrollo de las nuevas técnicas de análisis y, por otro, insiste primariamente en “(...) focalizar la investigación en lo femenino y masculino como elementos en la sociedad y fuerzas dentro del proceso histórico. En este sentido la arqueología debería ser una investigación basada en la voluntad epistemológica feminista de la diferencia sexual” (Sanahuja Yll, 1997a: 20-21).

En “*Marxismo y feminismo*” (Sanahuja Yll, 1997b), la autora, al principio, se dedica a realizar un rápido excursus en la historia de las conflictivas relaciones entre marxismo y feminismo, empezando por las dificultades encontradas por algunas y más renombradas “socialistas feministas” –Tristán, Kollontai, Zetkin– en su lucha revolucionaria como mujeres. Y comenta: “Desde entonces, pues, se han producido constantes acercamientos y, a su vez, conflictos continuos entre feminismo y marxismo. De ahí que los contactos entre ambos hayan sido calificados de «infeliz matrimonio» y que un sector de mujeres intentaran e intentemos una unión más progresiva” (Sanahuja Yll, 1997b: 8). A propósito de estos intentos, Sana –refiriéndose al desarrollo teórico de la Historia de las Mujeres– pone de relieve tres premisas ideológicas que resultan ser comunes a todas las diversas corrientes del feminismo materialista. La primera premisa es: las razones de la subordinación femenina son materiales en vez que ideológicas y se manifiestan concretamente en las relaciones de producción y reproducción. Por tanto, las ideologías son la expresión de las relaciones sociales existentes. La segunda premisa: la categoría producción pasa por alto diversas actividades realizadas por las mujeres, entre ellas también la reproducción biológica; la división sexual del trabajo ha de ser incluida dentro del orden social y formar parte de la llamada división social del trabajo. La tercera y última: las relaciones de asimetría entre los sexos han de ser calificadas como explotación y no solamente como discriminación, subordinación u opresión; las mujeres, entonces, pueden llegar a ser consideradas como una verdadera clase social y económica explotada por la clase hombres. No obstante los intentos ya mencionados y pese al riguroso compromiso de las mujeres en el materialismo histórico, la autora señala cómo la arqueología marxista –con la “excusa” de su trascendencia con relación a la problemática de los sexos– siga reproduciendo un saber androcéntrico, valiéndose de categorías que omiten a las mujeres y a su papel dentro de la historia de la humanidad. Tras delinear sintéticamente el desarrollo de los estudios feministas en arqueología hasta llegar a las propuestas procedentes de la *Gender Archaeology*, la autora pasa a ilustrar la propuesta del equipo de investigación del que forma parte. Cuya premisa esencial es: las sociedades humanas del pasado tienen que ser analizadas empezando por la materialidad social, un término que incluye “(...) las manifestaciones físicas concernientes a las tres condiciones objetivas de la vida social: mujeres, hombres y condiciones materiales (mundo de los objetos)” (Sanahuja Yll, 1997b: 10). Después de haber ilustrado en ocho sintéticos puntos la “Teoría de las prácticas sociales” (Castro *et al.*, 1996), Sana termina destacando la importancia del compromiso político en la arqueología y con la consciencia adquirida en la praxis del feminismo de la diferencia afirma: “(...) creo saber distinguir de manera clara, parafraseando a Enrichetta Susi (...), la autoridad verdadera que sostiene el desarrollo del conocimiento del autoritarismo que hace de la ciencia un instrumento de dominio” (Sanahuja Yll, 1997b: 13).

La década del 2000: la inevitabilidad de un nuevo siglo con la Arqueología de las Mujeres.

La producción científica de Sana relativa a la primera década del 2000 llama inmediatamente la atención por sus excelentes niveles en relación a la cantidad, la variedad y la calidad de las contribuciones propuestas. Está, además, caracterizada por la publicación de dos libros, que ofrecían (y ofrecen) una síntesis de sus investigaciones a lo largo del tiempo y que testimonian la voluntad de salir del exclusivo, y muchas veces excluyente y reducido, ámbito académico. La publicación de ambos libros facilitaba –a quien estuviera interesada/o– unos instrumentos rigurosos e imprescindibles para una lectura crítica y consciente de las dinámicas sociales desarrolladas en el pasado y, también, en el presente. Siempre en clave de la Arqueología de las Mujeres.

En 2001, Sana escribe “*Feminismo, marxismo y arqueología*” (Sanahuja Yll, 2001), artículo en donde ulteriormente profundiza y puntualiza las problemáticas que presenta la dificultosa conjugación de los tres ámbitos disciplinarios.

En 2002 sale publicado en Ediciones Cátedra el número 69 de la colección “Feminismos”. El libro “*Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*” (Sanahuja Yll, 2002), como la misma autora explicita, “(...) no es más que un intento para hacer notar a quienes deseen dedicarse a la Arqueología prehistórica ciertas falsificaciones que acompañan el pasado e impulsarlas/os a sexuarlo. También creo que un gran número de mujeres y algún hombre interesados en estos temas pueden encontrar respuesta a muchas de las preguntas que me han formulado en repetidas ocasiones” (Sanahuja Yll, 2002: 9). La obra está organizada en cuatro capítulos que nos ofrecen una visión global de su propuesta, constituyendo un excelente elemento para conocer la Arqueología de las Mujeres propuesta por Sana.

En el capítulo 1 –*La historia de las mujeres*– empieza con la caracterización sintética de la “(...) *Her-History* o Historia de las Mujeres, en la que contribuyeron el contexto político e intelectual de aquellos momentos, la evolución de las Ciencias Sociales y el pensamiento feminista” (Sanahuja Yll, 2002: 13). Insistiendo en que “(...) a pesar de la diversidad de temas, métodos e interpretaciones de este enfoque sobre las mujeres, existe una dimensión común en todas las obras: convertirlas en el centro de la investigación, en sujetos en la historia, en agentes de la narración. Al mismo tiempo, no sólo se cuestiona la invisibilidad de las mujeres, sino también la supuesta objetividad de una historia concebida en neutro, un neutro que es en realidad masculino y androcéntrico” (Sanahuja Yll, 2002: 13). Tras definir androcentrismo y patriarcado y delinear las varias estrategias desarrolladas por la Historia de las Mujeres, la autora expone detalladamente las distintas corrientes feministas que han contribuido, con sus propuestas teóricas y sus categorías, al desarrollo de este nuevo enfoque: desde radicales y socialistas, hasta la perspectiva de género, pasando por el pensamiento de diferencia sexual y el lesbianismo.

El capítulo 2 –*Arqueología y mujeres*– está dedicado a revisar la Arqueología de las Mujeres, producto directa y significativamente influido por las experiencias realizadas a partir

de la Historia de las Mujeres. Pero, al contrario de esta última, “(...) el estudio de la Prehistoria no puede abordar individualidades, subjetividades ni vínculos afectivos, aunque sabemos que existieron. Por tanto, se trata de un estudio de lo colectivo, donde lo único que cabe hacer para huir del masculino pretendidamente neutro es intentar sexuar y matizar edades” (Sanahuja Yll, 2002: 59). Para alcanzar estos dos objetivos fundamentales –identificación de sexo y edad– la autora indica que es preciso analizar “la muerte como indicadora social”, utilizando también las aportaciones procedentes de la nueva línea de estudios representada por la Arqueología de la Muerte (como ya indicábamos más arriba). Así como, de la misma manera, no se puede prescindir de los resultados obtenidos gracias al fundamental desarrollo –si bien reciente e incipiente– de los análisis osteológicos, de los estudios de paleopatología y paleoalimentación, de los análisis químicos de elementos traza e isótopos de los componentes de los huesos y de las huellas de microdesgaste dental y, finalmente, de los estudios sobre ADN. Pasando luego a la denuncia del sesgo androcéntrico de la arqueología prehistórica, Sana remarca el sistemático olvido de algunos ámbitos de la organización social, “en una palabra, todo lo relacionado con el mantenimiento de la vida y de los objetos y, por tanto, básico para la reproducción de cualquier grupo social” (Sanahuja Yll, 2002: 64). Y cómo, de parte de la arqueología prehistórica, se avale la doble falsificación del pasado y del presente, en donde el primero es el precedente lógico del segundo, atribuyendo a los sexos unos papeles estereotipados actuales y actualistas. En los restantes apartados del capítulo 2, la autora reconstruye el desarrollo de los estudios “femeninos” y feministas dentro de la disciplina arqueológica. Empezando por los primeros intentos, realizados dentro de la misma arqueología tradicional por Marija Gimbutas y Jacketta Hawkes. Para luego pasar a las diferentes propuestas de lectura del pasado que se han sucedido a partir de la mitad de la década de los 70, reservando una particular atención a la *Gender Archaeology* y a la categoría analítica del género.

En el capítulo 3 –*Sobre los orígenes*– Sana retoma, profundizándolas, unas problemáticas muy centrales, ya analizadas con anterioridad en diversas ocasiones (Sanahuja Yll, 1982c y 1991; Falcón y Sanahuja, 1980; Hachuel y Sanahuja, 1996): los orígenes de la humanidad, los orígenes de las primeras representaciones femeninas y los orígenes de la subordinación de las mujeres. E, introduciendo estos mismos temas, comenta: “Sin embargo, hoy me doy cuenta de que los orígenes se han analizado como si fueran independientes de la diversidad que puedan tomar en situaciones distintas. Se han dejado de lado los contextos históricos. Da la sensación de que todo que sucedió en el pasado resulta inevitable o constituyó siempre la mejor estrategia para solucionar un conflicto” (Sanahuja Yll, 2002: 87). Es preciso, por tanto, negar la pretendida y aplastante universalización y homogeneización de los orígenes, así como rechazar la acrítica aplicación al pasado de categorías de análisis vigentes en la actualidad, cuya finalidad es naturalizar relaciones sociales o instituciones del presente otorgándoles una gran antigüedad y, de esta forma, lograr su incondicionada aceptación social en nuestros días. Con relación al primer tema, el de los orígenes de la humanidad, tras ilustrar las problemáticas inherentes a su estudio y las diferentes teorías avanzadas –modelo cazador, modelo recolector y nuevos modelos androcéntricos–, la autora explicita cómo, en realidad, “los modelos sobre

los orígenes de la humanidad están estrechamente vinculados con los orígenes de la división sexual del trabajo” (Sanahuja Yll, 2002: 99). Y analiza los puntos básicos en que se sustentan los diversos modelos sobre los orígenes: el dimorfismo sexual, la cinegética, la agresividad, la recolección y el carroñeo, los primeros asentamientos, el retorno del modelo cazador. En cuanto a los orígenes de las primeras representaciones femeninas –las célebres “venus” paleolíticas– y a su interpretación, Sana destaca cómo, en la mayoría de los casos, la razón de ser de estas figurillas ha sido explicada en virtud de un valor simbólico compartido, el culto a la fertilidad. Otras interpretaciones consideran las “venus” como manifestación de un canon estético femenino que expresaría la percepción masculina de las mujeres en el Paleolítico Superior, como reflejo de un culto a los ancestros, como figuras utilizadas en los rituales de iniciación, como amuletos de la suerte, como autorretratos realizados por mujeres, etc. Mientras que, desde la perspectiva de la *Gender Archaeology*, las figurillas han sido decodificadas como demostración de la institucionalización de las relaciones de género dentro de las sociedades paleolíticas. Y, concluyendo, la autora propone su interpretación de las “venus” en clave de la diferencia sexual: “La mujer aparece como la primera, como aquella de la que el hombre procede en la filogénesis de la especie, como la que ha hecho posible lo masculino, enfatizándose las diferencias de sexo más que las similitudes entre los cuerpos femenino y masculino” (Sanahuja Yll, 2002: 131). Y más adelante precisa: “La ausencia masculina no se da por segregación sino por inclusión. Las mujeres como genérico no excluyen a los varones, a diferencia, por ejemplo, del contrato social rousseauiano, definido como el compromiso fraternal de los hombres y separación absoluta de las mujeres” (Sanahuja Yll, 2002: 132). Finalmente, con relación al tema de los orígenes de la subordinación de las mujeres, Sana, después de exponer sintéticamente la definición de “patriarcado” y de las posibles causas de su surgimiento, pasa a examinar algunas entre las más salientes propuestas teóricas sobre el sometimiento de las mujeres. Empezando por el clásico texto de Bachofen –“*El matriarcado*”, pasando luego por Engels –“*El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*”, y terminando con los diversos enfoques de las estudiosas feministas Lerner –“*La creación del patriarcado*”, Morace –“*Origen Mujer. Del matrismo al patriarcado*”, y Pateman –“*El contrato sexual*”. Y concluye este apartado con su definición de patriarcado –“el dominio masculino de la sexualidad, la reproducción y el trabajo femenino en el mantenimiento de la vida (Sanahuja Yll, 2002: 155)– y presentando unos ejemplos de estudios relativos a contextos neolíticos para remarcar una vez más cómo, en nuestra disciplina, no podemos prescindir del análisis de la materialidad social para avanzar unas hipótesis fundamentadas, que deben sustentarse concretamente en estos mismos datos procedentes de un trabajo de investigación riguroso, bien enfocado y documentado.

El cuarto y último capítulo –*Hacia una arqueología sexuada*– está centrado en la exposición de los planteamientos de Sanahuja relativos a la arqueología. En primer lugar, la autora resume sus puntos de vista sobre la ciencia –que “(...) ha tenido lugar en una sociedad patriarcal y, por lo tanto, ha adquirido un tono netamente masculino y ha sido distorsionada por el androcentrismo, en especial las Ciencias Sociales” (Sanahuja Yll, 2002: 165)–, sobre la diferente actitud de mujeres y hombres frente a la ciencia misma, sobre la pretendida y vana

objetividad científica, sobre el estéril victimismo de algunos estudios de mujeres, sobre la improductiva producción de un saber-gueto femenino, y, finalmente, sobre el inútil esfuerzo de dar protagonismo a pocas mujeres para así ilusionarse en rescatarlas todas del olvido. En su “dar sentido a ser arqueóloga”, Sana relata su larga experiencia de mujer-feminista-marxista-arqueóloga dentro del equipo de investigación del que formaba parte en aquél entonces, equipo caracterizado por el común y comprometido interés en el marxismo y feminismo. Y, entre las muchas problemáticas enfrentadas por el equipo, resalta dos que le interesan de manera particular: “sexuar el pasado y dejar de enfatizar la manera de obtener alimentos y «el desarrollo tecnológico» para clasificar y explicar las sociedades. Cuando hablo de sexuar el pasado, no me refiero únicamente a analizar qué realizaban las mujeres (...), sino a averiguar también qué hacían los hombres en los diversos contextos prehistóricos. Porque lo que se ha atribuido a los varones, en la gran mayoría de los casos tampoco ha sido sexuado con fiabilidad” (Sanahuja Yll, 2002: 171). Y, con relación a la segunda cuestión –la obtención de alimentos– considera “(...) que las estrategias de subsistencia no determinan mecánicamente una organización social determinada. La evolución social no puede resumirse en esquemas lineales, al igual que ocurre con el proceso de evolución biológica humana” (Sanahuja Yll, 2002: 171). Por tanto, para «feminizar» la prehistoria, Sana considera que hay que aprovechar o reciclar los elementos del materialismo histórico que se consideren válidos para la investigación, criticando las categorías que excluyen las mujeres, así como los cánones androcéntricos. Reciclar el marxismo significa fundamentalmente despejarse del excesivo énfasis puesto exclusivamente en lo económico –el paradigma clásico de la producción, intercambio y consumo de objetos y alimentos– y contemplar también la producción de cuerpos y la producción de mantenimiento que, junto con la producción de objetos, forman parte esencial de la “Teoría de las prácticas sociales” propuesta por Sanahuja y su equipo. La aplicación práctica de esta misma teoría a un hipotético ejemplo arqueológico (un asentamiento dotado de 19 estructuras) concluye el capítulo 4 y el libro de Sana.

También en el mismo año, 2002, junto con sus colegas Escoriza Mateu y Castro, Sana escribe dos artículos más: “*El pasado no es neutro: el cuerpo femenino como materialidad y forma de representación social*” (Escoriza Mateu y Sanahuja Yll, 2002) y “*Trabajo y espacios sociales en el ámbito doméstico. Producción y prácticas sociales en una unidad doméstica de la prehistoria de Mallorca*” (Castro, Escoriza Mateu y Sanahuja Yll, 2002). El primero dedicado al análisis de las representaciones iconográficas femeninas, con una particular atención a las “venus paleolíticas” y al arte rupestre levantino. El segundo centrado en la definición de trabajo y de lugares sociales en el ámbito doméstico mallorquino. Es el inicio de una intensa producción conjunta con Trinidad Escoriza Mateu y Pedro Castro que, a lo largo de esta década, generará diferentes trabajos sobre Arqueología de las Mujeres y producción ideológica en la Prehistoria (Castro, Escoriza Mateu y Sanahuja Yll, 2003a y b, 2004a y b, 2006; Castro *et al.*, 2006; Escoriza Mateu y Sanahuja Yll, 2005a y b, entre otros).

En 2007, Sana aparece con Icaria editorial, en el número 269 de la colección Antrazyt. El libro “*La cotidianidad en la prehistoria. La vida y su sostenimiento*” (Sanahuja Yll, 2007) está

articulado en cinco capítulos, cada cual provisto de ejemplos ilustrativos concretos, resultado de excavaciones arqueológicas, y relativos al período prehistórico o a momentos posteriores.

En la introducción, la autora denuncia una vez más la manipulación del pasado como reflejo del presente y la sistemática reproducción de la idea, desprovista de cualquier evidencia que la sustente, que “(...) nuestras emociones, creencias y valores están condicionados por estructuras mentales «naturales» heredadas de los tiempos prehistóricos” (Sanahuja Yll, 2007: 11). Y más allá afirma: “Si sigo trabajando en Prehistoria es precisamente para averiguar si existieron formas de relaciones alternativas a las actuales. Estoy convencida de que, paulatinamente y de manera muy lenta, el simbólico patriarcal acabará desapareciendo y también tengo la certeza de que en algunos grupos arqueológicos las categorías de sexo y edad no fueron conceptualizadas como en la actualidad. De todos modos, para sexuar el pasado sólo tengo el recurso de la división dicotómica entre hombres y mujeres y considero que, a pesar de ello, es importante conocer, en la medida de lo posible, las relaciones entre los sexos en los diferentes grupos arqueológicos. De no ser así, el neutro masculino seguirá tiñendo nuestras investigaciones” (Sanahuja 2007: 11-12).

El capítulo 1 –“*Hacia una nueva prehistoria*”– está dedicado a la exposición de la teoría socio-arqueológica elaborada por Sana, que pretende “(...) considerar la vida como eje vertebrador de la economía, de la política y de la sociedad” (Sanahuja 2007: 12). Por lo tanto, para lograr una prehistoria globalizadora, es preciso disponer de una teoría que incluya a mujeres y hombres y que enriquezca la conceptualización de la economía por parte del marxismo ortodoxo, de manera que, además de la producción de objetos, se tengan en cuenta las prácticas relacionadas con la producción de cuerpos y la de mantenimiento, “(...) puesto que alimentar la vida y sostenerla es también un hecho económico” (Sanahuja 2007: 16). Estas prácticas –denegadas e ignoradas a través de su artificial y engañosa naturalización– han sido y son mayoritariamente desarrolladas por las mujeres. Y estas mismas prácticas no han recibido, dentro del ámbito arqueológico, la atención que merecían por su papel de sostenimiento de la vida; otras han sido las cuestiones valoradas como fundamentales: la evolución tecnológica, la obtención de alimentos, el poder político y económico, la guerra, etc. Mientras que, afirma la autora, “(...) poner la vida en el centro de la organización social, económica y política es sinónimo de una nueva mirada sobre el trabajo, la libertad, la violencia, las relaciones, la política. Consiste en observar, entender e interpretar el mundo desde la perspectiva de la reproducción y el mantenimiento de la vida, tanto de las personas como de todo aquello que nos rodea y, en muchos casos, sufre (animales, plantas, tierra, agua...). Sin lugar a dudas, se trata de una «verdadera revolución», un cambio absoluto de la concepción de la realidad” (Sanahuja 2007: 17-18). Otra distinción fundamental es la introducida por Sana entre “prehistoria del poder” y “prehistoria de la relación”, en donde la primera representa una lectura patriarcal del pasado y la segunda, producto de la crítica feminista, un intento de lectura de la vida humana en términos de cotidianeidad y de reproducción social de las comunidades del pasado. Considerando imprescindible desarrollar “un nuevo paradigma de la producción”, la autora vuelve a la “Teoría de las prácticas sociales”, pero incrementada, puntualizada y corregida, y

afirma que para que exista vida social hay que tener en cuenta tres producciones esenciales: objetos, cuerpos y mantenimiento (de cuerpos, alimentos y artefactos). “Las prácticas sociales plasman en un sentido concreto toda la combinatoria que puede darse entre estas tres categorías mencionadas. Constituyen la realidad social de cualquier grupo, a la vez que establecen las reglas del juego así como la esfera de lo simbólico, entendiendo por simbólico el significado y el sentido que el pensamiento (lenguaje, cultura, códigos sociales) le atribuye a la propia realidad social” (Sanahuja 2007: 22-23). Para reconocer a las producciones de cuerpos y de mantenimiento su papel central dentro de la realidad de las sociedades del pasado, hay que retocar el paradigma clásico de la producción – operando las adecuadas distinciones entre objeto de trabajo, medios de producción y fuerza de trabajo– y, al mismo tiempo, otorgar un valor más amplio al concepto de trabajo, que es actividad social de mujeres y hombres, agente principal de cualquier producción y única acción que puede engendrar la vida social. La autora termina este capítulo 1 introduciendo los conceptos de “reciprocidad” y “disimetría”, en donde “La reciprocidad implica una compensación entre el trabajo y el consumo/uso/disfrute de los productos, mientras que la disimetría o la explotación expresa un claro desequilibrio entre los mismos factores anteriores (...)” (Sanahuja Yll, 2007: 29). Y es precisamente a través de la sexuación de los sujetos sociales que es posible detectar reciprocidades y/o disimetrías entre los sexos dentro de un contexto social específico.

En el capítulo 2 –“*Cómo sexuar el pasado*”– la autora nos indica las dos vías fundamentales que pueden ser utilizadas para conseguir sexuar el pasado: por un lado, los estudios bioarqueológicos, y por otro, los referentes simbólicos; es decir: respectivamente, el análisis de los ajueres funerarios asociados a cadáveres sexuados y el estudio de las representaciones figurativas de cuerpos sexuados. En primer lugar, Sana remarca que la falta de informaciones fiables no afecta sólo las actividades desarrolladas por las mujeres en la prehistoria, sino también las efectuadas por los hombres, ya que casi siempre les han sido atribuidas mecánicamente, sin evidencias arqueológicas definitivas. “Se trata, en consecuencia, de que podamos conocer cómo vivían mujeres y hombres, es decir, cómo se repartían el trabajo, qué lugar ocupaban en la unidad doméstica o fuera de ella, cómo se cuidaban los individuos, si existían relaciones violentas entre los sexos o entre colectivos, si el trabajo era o no equivalente y en qué medida la disimetría afectaba a las mujeres, jóvenes y niños/as u otros grupos sociales, qué simbólico transmitían sus imágenes cuando las había. Sólo así se dispondrá de herramientas para lograr la desaparición de las falsas interpretaciones del pasado basadas en el presente y tan enraizadas ahora” (Sanahuja 2007: 35). El estudio de los restos antropológicos, fuente de información esencial para comprender la condición sexual y social de los individuos, se basa principalmente en el análisis de huesos y dientes humanos, resistentes a los procesos de descomposición. Lamentablemente, pese a los recientes avances tecnológicos, en muchas ocasiones estos estudios han analizado los restos humanos bajo una perspectiva estrictamente biológica, obviando la realidad social y las diversas condiciones materiales que contribuyeron a provocar eventuales huellas, modificaciones y alteraciones en los restos esqueléticos humanos. Mientras que –resalta Sana– combinando el análisis de estas huellas con el registro arqueológico, es viable poder

acercarse a las diferentes maneras de gestionar la vida por parte de los grupos sociales del pasado. En cuanto a la sexuación por medio de los referentes simbólicos, Sana señala cómo –en el caso de las costumbres funerarias–, no obstante el gran número de estudios realizados sobre el tema, muy pocos han sido los trabajos dirigidos a descubrir las relaciones vigentes entre los sexos. Y cómo, en muchas circunstancias, la determinación sexual ha sido efectuada, sin ningún criterio científico, a partir de los ajuares en lugar de los esqueletos, aplicando así, una vez más, unos parámetros actualistas al pasado. Y, una vez lograda la identificación sexual de los esqueletos, los referentes simbólicos funerarios representan un elemento fundamental para sexar, de forma indirecta, las prácticas económicas y políticas, así como para definir los vínculos existentes entre mujeres, hombres y ajuares específicos, evidenciando de esta manera la conexión entre el significado simbólico de la presencia en la tumba de estos objetos y el sexo de los individuos. Por lo que se refiere al estudio iconográfico de los cuerpos sexuados, la autora resalta la importancia de tales representaciones porque permiten asociar mujeres y hombres con objetos y actividades, permitiendo así su determinación sexual. Y remarca: “A través de las representaciones de cuerpos sexuados, como en general con cualquier otro tipo de figuración, se pretende expresar, comunicar o reforzar unas determinadas ideas o valores, que pueden ser el resultado de la imposición del orden social dominante o bien proceder de focos de resistencia o transgresión a las normas establecidas socialmente. En este sentido, las representaciones figurativas pueden definirse como objetos materiales con evidente carácter político-ideológico, cuyo sentido radica en sí mismos y en el propio objeto que constituyen. No son más que modelos sobre «realidades» que pretenden representar hechos o pensamientos” (Sanahuja Yll, 2007: 49).

En el capítulo 3 –“*La producción de cuerpos*”– el primer tema a ser enfrentado por la autora es el relativo a gestación y nacimiento, dos actividades sociales pasadas por alto por la arqueología con la excusa que no dejan huellas materiales. Sana nos hace notar cómo, en realidad, tenemos constancia arqueológica y etnográfica que sí, en la realización de estas actividades se utilizan implementos de varios tipos, se efectúan trabajos de cuidado y atenciones a la madre y a las criaturas, y se emplean ítems de tipo político-ideológico (Sanahuja Yll, 2007: 57). Y en cuanto a la relación entre mujeres y demografía, subraya cómo la reproducción biológica haya sido considerada natural con relación a la producción (cultural) de objetos, negando de hecho el papel fundamental de las mujeres dentro de esta misma relación. Por ejemplo, las famosas “explosiones demográficas” prehistóricas no habrían sido posibles sin el sobretrabajo de las mujeres con sus partos y sus actividades de mantenimiento. Es por eso que la paleodemografía resulta ser fundamental en el estudio de la prehistoria, ya que permite reconstruir las principales variables numéricas relativas a la demografía de los grupos humanos del pasado. Por lo que se refiere a los estudios osteológicos y a los patrones reproductivos, afirma que actualmente no disponemos de analíticas fiables para poder establecer relaciones entre transformaciones óseas y reproducción, sobre todo porque la escasa conservación de los huesos vinculados a la gestación y el parto nos impide tener resultados ciertos. Y, finalmente, con relación a las muchas representaciones figurativas de mujeres embarazadas o en el acto de dar a la luz, la

autora presenta diferentes ejemplos arqueológicos e insiste en que estas representaciones hay que contextualizarlas espacial y temporalmente para así lograr más informaciones sobre la producción de cuerpos, ya que su invisibilidad no depende del pasado sino del presente.

En el capítulo 4 –“*La producción de mantenimiento*”– Sana se enfrenta, como en el capítulo anterior, con una serie de actividades –los trabajos de cuidado y atenciones– que, por utilizar solamente el cuerpo y unos objetos no especializados, han sido consideradas naturales, ajenas a la vida social, y por lo tanto han recibido una muy escasa atención por parte de la arqueología. “No debe olvidarse que estas labores suponen diligencia y solicitud hacia los cuerpos engendrados y encarnados en mujeres u hombres y constituyen uno de los pilares básicos de la vida económica de cualquier sociedad. Crean, sin duda, las condiciones materiales y psicoafectivas de la vida social humana, en cuyo seno se forman las mujeres y los hombres como individualidades y sujetos sexuados sociales” (Sanahuja 2007: 87). La autora manifiesta que, en realidad, estos trabajos pueden ser investigados, con la ayuda de la paleodemografía y sobre todo de la bioarqueología, gracias al estudio de las paleopatologías, los análisis químicos de elementos traza y de isótopos estables, y las huellas de microdesgaste dental. “Todas estas técnicas posibilitan el conocimiento de la proporción existente entre la dieta animal y vegetal, las transformaciones de la dieta alimenticia en el tiempo, las diferencias dietéticas en cuanto a sexo, posición socio-económica u otras diferencias y la incidencia de procesos fisiológicos, tales como el destete, el embarazo y la lactancia” (Sanahuja 2007: 90). Tras presentar algunos ejemplos de investigaciones arqueológicas realizadas con el auxilio de esas mismas técnicas, Sana se concentra en las diferentes problemáticas analíticas que todavía presenta el estudio de la producción de mantenimiento, llegando a la conclusión que existe un amplio ámbito de la investigación a desarrollar, un ámbito que –debidamente potenciado– posibilitaría evidenciar la importancia vital de los trabajos de cuidados y atenciones para la reproducción de la vida social y, al mismo tiempo, permitiría la deducción del tipo de relaciones instauradas entre mujeres y hombres en unos ámbitos sociales específicos. Dentro de ese mismo contexto, la autora pasa luego a explicitar la presencia de otros recursos instrumentales, que permiten enunciar las pautas alimentarias, la salubridad y la higiene, todas estrictamente vinculadas a la producción de mantenimiento de los cuerpos. En estos recursos hay también que considerar nuevas técnicas de análisis como la proporción de isótopos estables, así como técnicas ya existentes pero reorientadas e implementadas para ser más efectivas. Como por ejemplo los estudios faunísticos (macrofauna y microfauna – ictiofauna, malacología, paleoentomología, avifauna, estudio de micromamíferos) y los estudios paleobotánicos (macrorrestos – paleocarpología y antracología – y microrrestos – palinología, estudio de cutículas fósiles y fitología). Finalmente, con relación al mantenimiento de objetos, Sana señala nuevos avances gracias al interés hacia las tareas de mantenimiento surgido con el desarrollo de la *Gender Archaeology* (fabricación de cerámica doméstica, tejido, organización de las infraestructuras de mantenimiento) y también de la Arqueología espacial (micromorfología de los sedimentos arqueológicos). Y, con relación al mantenimiento de los propios objetos, cuya finalidad es aumentar y conservar su valor, la autora declara: “En general, los trabajos de mantenimiento de los objetos, en especial los que en

la actualidad son mayoritariamente efectuados por mujeres y permiten sostener el mundo, han sido tratados como tareas de segunda o tercera categoría y ni siquiera, en variadas ocasiones, han sido considerados trabajos puesto que no generan productos” (Sanahuja 2007: 108)

En el quinto y último capítulo –“*Relaciones entre mujeres y hombres*”– Sana se dedica a analizar las relaciones de reciprocidad o disimetría entre mujeres y hombres en contextos prehistóricos determinados, gracias al auxilio de los estudios bioarqueológicos, de los ajuares funerarios y de las representaciones figurativas. Para examinar dichas relaciones, la autora considera que es necesario hallar “(...) un criterio de valoración de los objetos y atenciones personales de los que se benefician los diferentes colectivos, así como la cuantificación del trabajo realizado, de manera que se pueda comparar el valor de lo recibido y el valor del trabajo efectuado” (Sanahuja 2007: 109). Y la única manera para conseguirlo es la cuantificación del trabajo necesario, o sea de todas las actividades relativas a las tres producciones de cuerpos, mantenimiento y objetos, producciones que posibilitan la vida social de cualquier grupo humano. En el ámbito de la alimentación y nutrición, gracias a los análisis bioarqueológicos, es posible identificar unas eventuales diferencias de acceso a los alimentos, en términos cuantitativos y cualitativos, por parte de un grupo o de un colectivo y además detectar unas enfermedades carenciales. También la presencia de traumas –debidos a lesiones accidentales, actividades laborales o a episodios de violencia física– puede ser el síntoma de unas relaciones disimétricas. Algunas paleopatologías óseas, a veces peculiares sólo de un sexo (casi siempre el sexo femenino), permiten identificar el ejercicio de trabajos específicos, muchas veces vinculados con la división sexual del trabajo. Siempre gracias a estos análisis, es posible llegar a determinar patrones de residencia según las opciones endogámicas o exogámicas elegidas por los diferentes grupos humanos y que reflejan las diversas relaciones entre colectivo femenino y masculino. Así como los estudios sobre ADN permiten reconocer las dinámicas de los vínculos de parentesco y de los vínculos políticos. Como ya se explicitó, en el capítulo 2, el estudio de los ajuares funerarios, previa determinación sexual de los esqueletos, proporciona la posibilidad de definir concretamente las relaciones entre los sexos. Sana presta una especial atención a las armas dentro de este contexto y presenta el detallado ejemplo de las mismas y las herramientas halladas dentro del estudio del mundo argárico. Y, finalmente, para concluir, remarca cómo las mismas representaciones figurativas puedan representar una válida ayuda para determinar las relaciones entre mujeres y hombres.

Conclusiones.

Si queremos lograr una lectura verdaderamente globalizadora del pasado, no podemos prescindir de los instrumentos interpretativos proporcionados por la Arqueología de las Mujeres.

La relevante aportación científica de M.^a Encarna Sanahuja Yll consiste, precisamente, en haber roto de manera contundente y definitiva con las sistemáticas distorsiones del planteamiento

androcéntrico, sexista y falocrático que afectaba y, lamentablemente, sigue todavía afectando, buena parte de nuestra disciplina. Proponiéndonos con su “autoridad”, adquirida en tantos años de praxis dentro del feminismo de la diferencia sexual, un sólido marco teórico y metodológico que pudiese otorgar visibilidad y dignidad a las mujeres del pasado (y del presente), tantas veces silenciadas y humilladas por una ciencia sólo en apariencia neutra y neutral.

Y si queremos seguir contribuyendo, con nuestras aportaciones, a la construcción de una Arqueología realmente Social, no podemos prescindir de sus fundamentales críticas al marxismo ortodoxo que, con triste incoherencia, se ha desentendido y sigue desentendiéndose de las reivindicaciones y aportaciones feministas, muchas veces avanzadas dentro de su mismo ámbito. Es por eso que compartimos con Sana la necesidad de “reciclar el marxismo” y dar cabida a la reproducción además de la producción. Para conseguir unos válidos y más completos recursos que nos permitan dar cuenta de la complejidad de las dinámicas sociales desarrolladas por las mujeres y los hombres del pasado.

Y confiamos en que, en un tiempo no muy lejano, podamos dejar nuestro compromiso de máxima difusión de la obra de Sana, porque ésto significará que la Arqueología de las Mujeres ha logrado su finalidad última: dar plena completitud a nuestra disciplina sin necesidad de seguir denunciando sus faltas, incoherencias y dolosas distorsiones, ya que éstas no son parte de ella.

Bibliografía.

BERTELSEN, R.; LILLEHAMMER, A.; NAESS, J.R. (eds.) 1987: *Were they all men? An Examination of Sex Roles in Prehistoric Society*, Stavanger; Noruega.

CASTRO, P. V.; CHAPMAN, R. W.; GILI SURIÑACH, S.; LULL, V.; MICÓ PÉREZ, R.; RIHUETE HERRADA, C.; SANAHUJA YLL, M.^a E. 1994: “Tiempos sociales de los contextos funerarios argáricos”, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 9-10, pp. 77-106.

CASTRO, P. V.; CHAPMAN, R. W.; GILI SURIÑACH, S.; LULL, V.; MICÓ PÉREZ, R.; RIHUETE HERRADA, C.; RISCH, R.; SANAHUJA YLL, M.^a E. 1996: “Teoría de las prácticas sociales”, *Complutum Extra*, 6 (II), pp. 35-48.

CASTRO, P. V.; ESCORIZA MATEU, T.; FREGEIRO MORADOR, M.^a I.; OLTRA PUIGDOMENECH, J.; OTERO VIDAL, M.; SANAHUJA YLL, M.^a E. 2006: “Contra la Falsificación del Pasado Prehistórico. Buscando la realidad de las mujeres y los hombres detrás de los estereotipos”, *Memoria científico-técnica* depositada en el Instituto de la Mujer del Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid, 311 pp.

CASTRO, P. V.; ESCORIZA MATEU, T.; SANAHUJA YLL, M.^a E. 2002: “Trabajo y espacios sociales en el ámbito doméstico. Producción y prácticas sociales en una unidad doméstica de la prehistoria de Mallorca”, *Geocritica, Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. VI, núm. 119 (10), web url: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn119-10.htm>.

CASTRO, P. V.; ESCORIZA MATEU, T.; SANAHUJA YLL, M.^a E. 2003a: *Mujeres y Hombres en Espacios Domésticos. Trabajo y Vida Social en la Prehistoria de Mallorca (c. 700-500 cal ANE). El Edificio Alfa del Puig Morter de Son Ferragut (Sineu, Mallorca)*, British Archaeological Reports, International Series, 1162, Archaeopress, Oxford.

- CASTRO, P. V.; ESCORIZA MATEU, T.; SANAHUJA YLL, M.^a E. 2003b: “Trabajo, Reciprocidad y Explotación. Prácticas Sociales, Sujetos Sexuados y Condiciones Materiales”, en *Cultura & Política. IX Congreso de Antropología*, Barcelona, septiembre 2002. Barcelona: Institut Català d’Antropologia. CD-rom.
- CASTRO, P. V.; ESCORIZA MATEU, T.; SANAHUJA YLL, M.^a E. 2004a: “A la búsqueda de las mujeres y de los hombres. Sujetos sociales, espacios estructurados y análisis de materiales en un proyecto de arqueología prehistórica”, *Avances en Arqueometría*, Universidad de Cadiz, pp. 251-259.
- CASTRO, P. V.; ESCORIZA MATEU, T.; SANAHUJA YLL, M.^a E. 2004b: “Soportes simbólicos, prácticas sociales y redes de relación. Los “ídolos calcolíticos” y los nexos entre las comunidades del Sudeste ibérico, c. 3200-2300 cal ANE”, *Memoria depositada en el Instituto de Cultura Juan Gil-Albert*, Alicante.
- CASTRO, P. V.; GILI SURINACH, S.; LULL, V.; MICÓ PÉREZ, R.; RIHUETE HERRADA, C.; RISCH, R.; SANAHUJA YLL, M.^a E. 1998: “Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el sudeste ibérico”, *Boletín de Antropología Americana*, 33, pp. 25-77.
- CHAPMAN, R. W.; LULL, V.; PICAZO, M.; SANAHUJA, M.^a E. (eds.) 1987: *Proyecto Gatas. Sociedad y economía en el sudeste de España c. 2500-800 a.n.e. I. La prospección Arqueoecológica*, British Archaeological Reports, International Series, 348, Archaeopress, Oxford.
- COLOMER, E.; GILI, Sylvia; GONZÁLES-MARCÉN, P.; MONTÓN, S.; PICAZO, M.; RIHUETE HERRADA, C.; RUIZ PARRA, M.; SANAHUJA YLL, M.^a E.; SANZ, T.; TENAS i BUSQUETS, M. 1992a: “¿Somos todas hombres?”, *Reunión de Arqueología Teórica*, Santiago de Compostela, 11-13 de noviembre.
- COLOMER, E.; GILI, Sylvia; GONZÁLES-MARCÉN, P.; MONTÓN, S.; PICAZO, M.; RIHUETE HERRADA, C.; RUIZ PARRA, M.; SANAHUJA YLL, M.^a E.; SANZ, T.; TENAS i BUSQUETS, M. 1992b: “Hacia una arqueología feminista”, *Reunión de Arqueología Teórica*, Santiago de Compostela, 11-13 de noviembre.
- ESCORIZA MATEU, T. y SANAHUJA YLL, M.^a E. 2005a: “Cuerpos de Mujeres: Teoría de las Representaciones Figurativas”, *Congreso Interdisciplinar sobre Educación y Género*, Asociación de Estudios Históricos sobre la Mujer, Universidad de Málaga, 2002. En M.^a Dolores ALCÁNTARA SANCRISTÁN y M.^a Blanca GÓMEZ GARCÍA (coords.), *Lenguajes en la educación / Discriminación de las mujeres*.
- ESCORIZA MATEU, T. y SANAHUJA YLL, M.^a Encarna 2005b: “La prehistoria de la autoridad y de la relación. Nuevas perspectivas de análisis para las sociedades del pasado”, en Margarita SÁNCHEZ ROMERO (ed.), *Arqueología y Género*, Universidad de Granada, pp. 109-140.
- FALCÓN, L. y SANAHUJA, M.^a E. 1980: “Modo de producción y patriarcado”, *Poder y Libertad*, 1, pp. 14-23.
- GASULL, P.; LULL, V.; SANAHUJA YLL, M.^a E. (eds.) 1984: *Son Fornés I: la Fase Talayótica. Ensayo de reconstrucción socio-económica de una comunidad prehistórica de la isla de Mallorca*, British Archaeological Reports, International Series, 209, Archaeopress, Oxford.
- HACHUEL, E. y SANAHUJA YLL, M.^a E. 1996: “La diferencia sexual y su expresión simbólica en algunos grupos arqueológicos del Paleolítico Superior”, *Duoda, Revista d’Estudis Feministes*, 11, pp. 61-76.
- MILL, J. S. 1859: *On liberty*, Longman, Roberts & Green, London.
- MILL, J. S. y TAYLOR, H. 1869: *The Subjection of Women*, D. Appleton Co., New York.
- SANAHUJA, M.^a E. 1981: “El potencial reproductor de la mujer: fuente del progreso humano”, *Poder y Libertad*, 3, pp. 38-47.
- SANAHUJA, M.^a y GASULL, P. 1982a: “Las Amazonas. ¿Pioneras del feminismo?”, *Poder y Libertad*, 3, pp. 85-89.
- SANAHUJA, M.^a E. 1982b: “Las Bacantes. El papel de la mujer en las Bacanales romanas”, *Poder y Libertad*, 3, pp. 90-98.
- SANAHUJA, M.^a E. 1982c: “Sobre las Venus Paleolíticas”, *Poder y Libertad*, 4, pp. 84-90.

- SANAHUJA, M.^a E. 1982d: "Hatsepsut, Faraona de Egipto", *Poder y Libertad*, 4, pp. 91-96.
- SANAHUJA, M.^a E. 1983a: "La mujer como clase social", *Poder y Libertad*, 5, pp. 54-68.
- SANAHUJA, M.^a E. 1983b: "El modo de producción doméstico", *Poder y Libertad*, 5, pp. 69-75.
- SANAHUJA YLL, M.^a E. 1991: "Modelos explicativos sobre los orígenes y la evolución de la humanidad", en Lola LUNA (comp.), *Mujeres y Sociedad. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos*, Universidad de Barcelona, pp. 149-167.
- SANAHUJA YLL, M.^a E. 1997a: "Sexuar el pasado. Una propuesta arqueológica", en Cristina SEGURA GRAÍÑO (coord.), *La historia de las mujeres en el nuevo paradigma de la historia*, A.C. Al-Mudayna, Madrid, pp. 15-24.
- SANAHUJA YLL, M.^a E. 1997b: "Marxismo y feminismo", *Boletín de Antropología Americana*, 31, pp. 7-14.
- SANAHUJA YLL, M.^a E. 2001: "Feminismo, marxismo y arqueología", *Astigi Vetus*, 1, pp. 55-63.
- SANAHUJA YLL, M.^a E. 2002a: *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*, Cátedra, Madrid.
- SANAHUJA YLL, M.^a E. 2007: *La cotidianeidad en la prehistoria. La vida y su sostenimiento*, Icaria, Barcelona.
- TAYLOR, H. 1851: Enfranchisement of Women, *Westminster Review* (July 1851), pp. 295-96.
- VIETRI, L. y BRIZ i GODINO I. (e.p.): "Arqueología Social Latinoamericana y Arqueología de las Mujeres: un encaje incompleto", *Quaderni di Thule, Atti del XXXIII Convegno Internazionale di Americanistica*, 2011, Centro Studi Americanistici, Circolo Amerindiano, Perugia.